

disciplinó espíritus, que quiso sujetar á reglas la inspiración y que abrió las puertas de ese siglo glorioso de los Corneille y de los Racine y de los Molière y los Lafontaine, dejando por herencia á Bailean la palmeta de los cánones. Como si la inspiración francesa se hubiere fatigado en aquel magno esfuerzo de poesía, el siglo XVIII llega á trompicones al Parnaso; los géneros decaen, y en vano Voltaire quiere poner en todas partes el sello de su ingenio; los fuegos se apagan, y después del Cid y de Atalia, tras de las fábulas de Lafontaine y las comedias de Poquelin, tenemos que contentarnos con las descripciones del Abate Delille y con los versos de Luis Racine, y de La Harpe. Apenas Parny hace recordar de lejos á Tibulo, y cuando un verdadero gran poeta va á cantar resurrecciones griegas, como griega era su alma, la guillotina cae sobre su cuello y le arranca los últimos versos de la boca. No se apagaban todavía los ecos de **La Jeune Tarentine**, cuando el siglo XIX asoma, y con él una nueva centuria de oro. Toda la primera mitad del siglo la llena la gloria de Vigny y de Lamartine, de Hugo y de Musset, al grado de hacer palidecer á otros poetas que hubieran brillado como estrellas de primera magnitud en tiempos menos pródigos en genio lírico. Después, como si la segunda mitad del siglo no hubiera querido ser menos que la primera, Gautier y Banville, Leconte de Lisle y los parnasianos que empezaron por perseguir la plasticidad fría, acabaron por seguir cada uno su propio temperamento (Verlaine, Sully Prudhomme) cierran dignamente esa época á la que basta para su gloria haber producido Baudelaire, á Verlaine y á Leconte de Lisle.

A medida que miramos pasar la procesión de los poetas de Francia, nos vamos olvidando de que hay en el libro una hermosa introducción de Faguet y en que cada siglo lleva un prefacio interesante y erudito de Antonio Albalat y que hay en toda la obra notas muy oportunas de Clorget y Languier. ¿Quién es el viajero que recuerda al cicerone en un paseo por la vieja Lutecia ó por el moderno París?

En libros de esta índole, libros de vulgarización únicamente, no puede exigirse ni profundidad en los comentarios ni una exposición que llegue al detalle; pero que se nos permita manifestar nuestra extrañeza al ver culpables omisiones en los poetas que han vivido ó viven todavía entre nosotros. Los autores de la Antología parece que han querido con amplísimo criterio dar una idea lo más exacta posible del desarrollo de la poesía en Francia, y así es que les perdonamos que no dejen pasar inadvertidos nombres cuyo interés es puramente histórico, documentario y bibliográfico. Es por ello que no nos escuece ver codearse á Corneille con Campistrón, á Racine con Pradon y á Lamartine con Víctor de Laprade. Pero ¿por qué pasar en silencio á poetas como Julio Laforgue, Francisco Jammes, Emilio Verhaeren, Paul Fort, Mauricio Rollinat, la condesa Mathieu de Noailles, Renée Vivien, por no citar sino á algunos que nos vienen á la memoria? Apenas si Moréas, Dierx, Bouchor, d'Haraucourt, Samain, Reignier y Guérin, pudieron

pasar á las páginas del libro para no dejar sin embajada al novísimo movimiento de la poesía francesa contemporánea.

Queriendo explicarme las causas de olvido semejante vine á pensar en que Faguet se puso á considerar sus palmas académicas y á recordar que fué Doumic quien le contestó su discurso de recepción en el alto y honorable cuerpo. Ya había él, de seguro, comenzado á escribir los nombres más altos de la flamante lírica francesa, cuando llegó **Don Perfecto**, que también suele pasar temporadas en París, aunque no lo diga Díaz Rodríguez—¿verdad Alfonso Reyes?—y le arrancó la pluma de la mano...

Alma Dominicana. Novela histórica. Por Federico García Godoy.—Santo Domingo, Imprenta de "La Cuna de América." Viuda de Roques y Cía. 1911.

Algo más que una sencilla nota bibliográfica merece esta novela que, como su autor dice, es un libro de sincero y bien intencionado amor patrio, y "un tributo á la ciudad culta y gloriosa que aparece en estas páginas nimbada con la épica refulgencia de su magnífico pasado." Esa ciudad, Santiago de los Caballeros, se alza "en la orilla derecha del Yaque que la arrulla con su perenne y acompasado murmullo; circundada por montes que se destacan besados por albos jirones de nubes en el intenso azul de un cielo casi siempre limpio y sereno, y por dilatadas llanuras en que esplende una vegetación exuberante, pródiga en colores y en matices con la imponente majestad y el vago y sugerente misterio de las cosas extintas en que han puesto un sello romántico resonantes hechos legendarios; emporio principal de la cultura y el comercio de las comarcas cibaenas." Ciudad que fué primero fortaleza, albergue después de hidalgos linajudos á quienes debió su nombre y cuyas huellas nobiliarias quedaron estampadas en calles y portones; destruída dos veces por sacudimiento sísmico; tomada por los filibusteros; saqueada más tarde por nuevos aventureros de Occidente; víctima de las hordas negras haitianas capitaneadas por Cristóbal, el Atila etiope, á pesar del heroísmo legendario de Serapio Reinoso del Orbe que inútilmente sacrificó la vida en su defensa; alentadora después de movimientos libertadores, con alternativas de esperanzas ó de desaliento, siempre albergó en su seno el germen de la libertad. Cuna de políticos, literatos, guerreros, historiadores y poetas, dice García Godoy, "el poema de abnegación y heroísmo escrito por Santiago en los días trágicos de bienio restaurador, indudablemente lo más alto y resonante de toda la historia dominicana."

La novela se desarrolla entre marzo de 61 y septiembre de 63 y la figura de Perico Antúnez, en la que García Godoy simboliza el sentimiento de las clases populares con motivo del rápido, inesperado y radical cambio realizado por el personalismo imperante en la República, en